





Esmeraldas en el Ecuador, una provincia ausente

Manuel Ferrer

Universidad Técnica del Norte
mferrer@utn.edu.ec

RESUMEN

La historiografía ecuatoriana apenas ha prestado atención a los avatares ocurridos en un espacio geográfico que, a pesar de su condición marginal, fue determinante para el triunfo del proyecto liberal triunfante en el Ecuador a fines del siglo XIX. El convencimiento de que se trata de una situación que es preciso revertir inspira el análisis historiográfico que se aborda en el artículo y fundamenta la necesidad de acometer una tarea que comporta no sólo la identificación y la preservación de las fuentes documentales, sino también la puesta en marcha de planes de formación dirigidos a las personas que estén llamadas a re-escribir el pasado histórico de Esmeraldas, a través de un examen en profundidad de su pasado que ponga de manifiesto tanto la incuria de los gobernantes de Quito como las responsabilidades de los esmeraldeños, habituados a atribuir a 'otros' las responsabilidades de los propios fracasos.

PALABRAS CLAVE: HISTORIOGRAFÍA ECUATORIANA, ESMERALDAS, AFROESMERALDEÑOS, CENTRALISMO QUITEÑO

ABSTRACT

Esmeraldas in Ecuador, an absent province

Ecuadorian historiography has hardly taken notice of the ups and downs that have taken place in a geographical space decisive for the triumph of the liberal project, in spite of its minor condition in Ecuador at the end of the XIXth century. The certainty of this being a situation that must be reverted is what inspires the historiographic analysis addressed in this article. It also lays the foundation on the need of starting a task which implies not only identifying and preserving the documental sources but to implement too formation plans for people destined to re-write the historical past of Esmeraldas through an in depth examination of its past so that the Quito rulers carelessness as well as the responsibilities of the Esmeraldians used to attribute the liability of their own failures to 'other people' would be brought to light.

KEYWORDS: ECUADORIAN HISTORIOGRAPHY, ESMERALDAS, PEOPLE FROM ESMERALDAS OF AFRICAN ORIGIN, QUITO CENTRALISM

* Este artículo forma parte de un proyecto de investigación titulado *Las políticas educativas, la escuela y la enseñanza de la historia 'nacional'*, que se inició en la Universidad Técnica de Esmeraldas Luis Vargas Torres, y que se culmina en la Universidad Técnica del Norte (Ibarra, Ecuador), como referente para un nuevo proyecto, que arrancó en enero de 2018: *Identidad colectiva y sentido de pertenencia: señas y símbolos de la ibarreñidad*.

Introducción

La provincia de Esmeraldas representa un caso paradigmático de las incompatibilidades que suelen presentarse en la compleja compaginación de lo local y lo estatal-nacional. Su posición excéntrica, su acentuado carácter fronterizo, los inconvenientes de un medioambiente afectado de modo periódico por desastres naturales y una larga historia de desencuentros con las autoridades centrales del Estado ecuatoriano encuentran su reflejo en el modo en que la historiografía nacional ha contemplado los avatares de un espacio geográfico que, a pesar de todo lo que acaba de indicarse, fue clave para el **éxito** del proyecto liberal encarnado a fines del siglo XIX y principios del XX por Eloy Alfaro.

Estas reflexiones constituyen el punto de partida para el análisis historiográfico que se aborda en el artículo, que forma parte de una investigación más amplia en torno a las políticas educativas, la escuela y la enseñanza de la historia 'nacional' en el Ecuador, y que sirve además de marco interpretativo de la peculiar coyuntura que atraviesa Esmeraldas, afectada por la expansión del narcotráfico del suroeste colombiano, que ha protagonizado en la provincia acciones terroristas que constituyen un abierto desafío al Estado ecuatoriano.

Resulta imposible abordar el análisis

de los problemas que hoy enfrenta Esmeraldas sin un conocimiento de su historia que permita indagar en sus raíces identitarias, en un marco de interculturalidad que sea consecuente con los enunciados del artículo 1° de la Constitución del Ecuador, donde se define al país como un "*Estado constitucional de derechos y justicia, social, democrático, soberano, independiente, unitario, intercultural, plurinacional y laico*". Las realidades presentes no pueden explicarse sin esa remisión a lo que aconteció en el pasado (VV. AA., 2011: 158-160): de ahí la estrecha conexión entre sentido de pertenencia a una colectividad e historia local y regional.

La autocomprensión de un colectivo social posee dimensiones espaciales y temporales -el 'yo-nosotros' histórico-, que deben ser abordadas con rigor y seriedad para depurar visiones del pasado manipuladas y distorsionadas por prejuicios, y para que las jóvenes generaciones conozcan y aprecien el patrimonio histórico-cultural de la tierra que las vio nacer y donde vivieron sus antepasados. La mirada miope hacia el pasado ha contribuido a recrear prejuicios discriminadores ya antiguos, como los que dividían y siguen dividiendo y enfrentando en la costa ecuatoriana a los afrodescendientes con los sectores blanco-mestizos: y ésta es, precisamente, una de las claves del devenir histórico de Esmeraldas.

El extravío de las huellas del pasado

La recuperación del pasado histórico de Esmeraldas tropieza con un obstáculo de primera magnitud, que también entorpece este quehacer en tantos otros espacios de la geografía ecuatoriana (así lo hemos constatado en un trabajo anterior: Ferrer Muñoz, 2016): la pérdida de las memorias históricas que se asocia a la desaparición de vestigios del pasado, bien porque hayan sido objeto de saqueo, bien por la incuria de quienes tienen la responsabilidad de su resguardo y, sin embargo, han permitido que se extravíen, cuando no los han traspapelado deliberadamente para ponerlos en venta de modo fraudulento.



Rincón del Archivo Judicial de Esmeraldas. Fuente: *El Telégrafo* (Guayaquil), 23 de enero de 2019

Se explica así que, el 18 de marzo de 2010, mediante decreto ejecutivo núm. 277 del presidente constitucional de la República, se declarara como política del Estado ecuatoriano el combate al tráfico ilícito de bienes culturales, y se creara la Comisión Nacional de Lucha contra el Tráfico Ilícito de Bienes Culturales (Correa Delgado, presidente constitucional de la República, 2010); que el mismo año se pusiera en marcha el correspondiente Comité Técnico, y, que, en agosto de 2011, se organizara la Unidad de Policía Especializada en Investigaciones de Delitos contra el Patrimonio Cultural, con competencias para prevenir, investigar, denunciar y combatir el crimen organizado contra el patrimonio cultural del Estado.

Para ilustrar el abandono de los sitios

arqueológicos de Esmeraldas recurriríamos a un pasaje de un tratado de geografía de Esmeraldas publicado en 1972 para su uso por estudiantes de tercer grado (manejamos su segunda edición, de 1975), que, a propósito de las riquezas arqueológicas de Atacames, *“que pululan en sus entrañas como espumas en el mar”*, puntualiza: *“no son aprovechadas con fines de investigación sino como mero comercio, de lo cual se aprovechan los extranjeros y aquellos que no le prestan el valor real que deben tener sus reliquias arqueológicas”* (Loor Villaquirán, 1975: 100).

Con la misma finalidad de mostrar el desinterés por el cuidado de esas reliquias arqueológicas acudimos al testimonio de Carlos Ojeda San Martín, quien, a su vez, se remite a declaraciones de Alejandra Yépez, Hernán Crespo Toral, Magdalena Gallegos y Ada Rosa Pontón, que habían alertado sobre el lamentable despojo de que fue víctima el yacimiento arqueológico de La Tolita¹, situado en una isla en el estuario del río Santiago, a unos tres kilómetros de su desembocadura, que, entre otras peculiaridades, aporta las primeras evidencias en la historia de la humanidad de que se hubiera trabajado el platino (Álvarez Mejías, 1997: 47-62): *“este yacimiento arqueológico, que ocupa más de un kilómetro cuadrado, sufrió un sistemático saqueo, inicialmente debido a la explotación aurífera y luego por un huaqueo indiscriminado y que continúa hasta nuestros días”* (Ojeda San Martín, 2006: 7)².

Para entonces habían transcurrido varias centurias desde que La Tolita, abandonado siglos antes de la llegada de los españoles, hubiera padecido los primeros despojos. Así lo sostiene Carlos Ojeda, según el cual los negros escapados de la esclavitud tras el naufragio en la ensenada de Portete del barco que los conducía

1. Vale la pena recomendar, de paso, el interesante estudio dedicado a La Tolita por Rivera Fellner, 2012. En esta investigación se analizan también las razones de las prácticas de huaquería, generadoras de procesos de apropiación, valoración e identificación.

2. Acerca del tráfico ilícito de piezas arqueológicas recomendamos un estudio de Tania García, que también contiene alusiones directas al Ecuador: García, 2012: 20-34.

desde Panamá para su venta en Perú se expandieron por la región desde mediados del siglo XVI y, años después, llegaron a La Tolita, donde “*se apropiaron de enormes tesoros de los indios [...]. Se cree que obtuvieron un gran tesoro cavando Las Tolitas y en otros sectores de esa comunidad abandonada*”. Y se dice incluso que Sebastián Illescas, hijo de Alonso, vestía trajes deslumbrantes de oro y piedras preciosas que procedían precisamente de La Tolita (Ojeda San Martín, 2006: 20).

Y si de repositorios documentales se trata, se descubre un panorama análogo, si no más desalentador. Bastaría señalar que los manuscritos más antiguos de la serie Esmeraldas de la sección Ministerio de lo Interior del Archivo Nacional del Ecuador corresponden a 1842, sin que queden registros organizados del período que transcurrió desde la ruptura con España hasta entonces.

La historiografía esmeraldeña

Si consultamos la historiografía esmeraldeña, advertiremos que es escasa, elaborada mayoritariamente por personalidades locales carentes de formación específica en el área³, poco sustentada en material de archivo, de inclinación hagiográfica y difícilmente accesible (apenas se encuentra nada en bibliotecas digitales)⁴. Urge, pues, que los historiadores nos pongamos manos a la obra: una tarea que ha de acometer, con carácter prioritario e inmediato, la identificación y la preservación de las fuentes que han sobrevivido a los avatares de una región que tantas conmociones sociales experimentó en tiempos

3. La necesidad de que incursionen en la historia esmeraldeña profesionales foráneos fue expresada por Fernando Jurado Noboa en su *Historia Social de Esmeraldas*: “*el único mérito de esta obra es que su autor no sea esmeraldeño, ni que haya vivido jamás en esta región. He podido mirar los toros de lejos, por lo cual quizás falte conocimiento y sobre perspectiva*”: Jurado Noboa, 1995: 4.

4. Los presupuestos en que se asienta el trabajo de Acosta Solís (1944) son claramente indicativos de cuanto venimos afirmando, por cuanto se afrontan de modo superficial en el mismo texto temas tan diversos como la climatología, la fauna y la agricultura de Esmeraldas, el idioma cayapa, el vocabulario esmeraldeño, el paludismo, el comercio...

aún recientes, de modo particular durante las dos últimas décadas del siglo XIX y los primeros tres lustros del XX, y que ha de proseguir con la puesta en marcha de planes de formación de historiadores profesionales.

Ciertamente no pueden ignorarse los avances alcanzados en las últimas décadas. Si en 1965 podía afirmar Julio Estupiñán que hasta entonces no se había escrito la historia de Esmeraldas (Estupiñán Tello, 1965: 5), la publicación en 1995 del volumen I de la *Historia social de Esmeraldas. Indios, negros, mulatos, españoles y zambos del siglo XVI al XX*, de Fernando Jurado Noboa, aun con sus limitaciones, no dejó de significar un meritorio esfuerzo de síntesis que serviría de base para investigaciones posteriores.

Lo expuesto en el párrafo con que se abre este epígrafe explica la tosquedad de algunas referencias a un pasado que se despacha muchas veces de una manera sumaria e imprecisa, con un tratamiento superficial de la diversidad de las poblaciones indígenas asentadas en el territorio. Por ejemplo, en *Lugar natal e historia de Esmeraldas* se pondera de este modo el interés arqueológico del cantón Eloy Alfaro: “*de sus tierras sacan hermosos y vistosos trabajos indígenas que fueron hechos hace miles de años, por indios radicados en esta zona*” (Llor Villaquirán, 1975: 48). Y en el mismo texto, páginas más adelante, se habla de los “*indios primitivos*” desplazados hacia el interior tras la conquista española (Llor Villaquirán, 1975: 66).

Si recurrimos a *Los valores cívicos del esmeraldeñismo*, de Julio Estupiñán Tello, encontraremos la chirriante expresión ‘indiano’ aplicada por el autor al referirse al origen del nombre de Esmeraldas: “*el nombre de nuestra provincia no es indiano [...], fueron los españoles quienes [...] llamaron Esmeraldas a esta porción de la tierra descubierta*” (Estupiñán Tello, 1997: 13).

Tampoco ha reparado la historiografía esmeraldeña en la necesidad de indagar acerca del particular sentido que, en la región, como en otros muchos espacios lati-

noamericanos, adquiere el término ‘criollo’, que sirve para designar al autóctono que conoce la tierra que pisa porque en ella nació, cualquiera que sea su identidad étnica. Es el uso que se da a esta voz en dos pasajes paralelos de *Juyungo* -la novela que consagró a Adalberto Ortiz-: cuando Gumersindo recuerda esa condición a Ascensión, su hijo, para que no se descuide en el manejo del remo (“*párate bien, y bogá con cuidado. No parecés criollo. Tenés parada de serrano negro*”), y cuando el mismo Ascensión presume de que sabe manejar la canoa, *porque es criollo* [las cursivas son nuestras], para congraciarse con los tripulantes de una embarcación con los que quiere huir del hogar paterno (Ortiz, 1982: 20 y 24).

Lo mismo cabría advertir sobre la peculiar utilización del vocablo ‘montuvio’ que encontramos en la misma novela, y que viene a ser un eco del sentir común: un negro apodado Cocambo contempla con incomodidad la previsible competencia del recién llegado Ascensión Lastre, también negro y “*montuvio de poco hablar*”, que lo empareja en resistencia física (Ortiz, 1982: 49). Y Eva, hija del negro Miguelón, que no era “*tan retinto*” y de madre “*media blanca*”, acabó siendo calificada por sus admiradores de “*montuvia y corrida*” (Ortiz, 1982: 119 y 131). También en *Cuando los guayacanes florecían*, una de las obras cumbres de Néstor Estupiñán, encontramos esa ambigüedad en el empleo del término, puesto en boca de un coronel de las tropas que combaten a Concha, que califica de ‘*montubios imbéciles*’ a dos prisioneros negros de los que trata de obtener información acerca de los movimientos de una partida conchista (Estupiñán Bass, 2013: 101).

El desprecio que inspira en la región la condición de mulato se traduce en una expresión –‘*tenteenelaire*’- *reveladora de la “maldita sensación de estar en el aire”*, que reclamaría una profundización en la conciencia de un nutrido sector poblacional esmeraldeño, los “*blanqueaditos*”, carentes de un “*fiel asidero*” (Ortiz, 1982: 113) y desorientados en cuanto a sus señas iden-

titarias, hasta el punto de que, como ocurre en el caso de uno de los personajes de *Juyungo*, se alisan el pelo para asemejarse a los blancos (Ortiz, 1982: 121).

Sí resulta evidente que las diversidades identitarias generan conflictividades entre los diversos actores étnicos, que encontraron su expresión literaria en obras como *Juyungo*, de Adalberto Ortiz (merecedora del primer premio en el Concurso Nacional de Novelas Ecuatorianas de 1942), o *Cuando los guayacanes florecían*, de Nelson Estupiñán, que entroncan con la literatura social ecuatoriana de los años treinta del siglo XX.

Las mismas cuestiones han sido abordadas desde la antropología por Minda Batallas (Minda Batallas, 2002), que restringe su análisis al conflicto por la tierra, sin reparar en que existen otros muchos mecanismos inductores de esas relaciones hostiles, afectadas por recelos atávicos generadores de fronteras internas que separan a unos grupos étnicos de otros.

Esmeraldas atesora interesantes leyendas, casi todas ellas compartidas con otras partes de la costa del Pacífico –la Tunda, el Riviel, la Gualgura, el Patacoré, el ánima del Tío Blas, el Bambero, el Duende, la Tacona...-, que incorporan a seres imaginarios, personajes curiosos y característicos, muy familiares en la literatura popular, que, sin embargo, requieren todavía una mayor profundización y una reflexión más atenta acerca de sus orígenes. También en esta tarea hay que esperar la llegada de tiempos mejores, aunque sí es preciso consignar la existencia de algunos excelentes trabajos⁵.

Degradada Esmeraldas a la condición de territorio problemático y empobrecido, cuando no menospreciado, no resulta extraño que la historiografía nacional dedique escasa atención a una provincia que sólo aflora a la superficie en el contexto del

5. Por citar sólo algunas publicaciones, mencionaríamos las de Puertas Arias (2000); Fernández-Rasines (2001), y Chasi Escobar (2014). Carlos Ojeda recoge en varios pasajes de su obra el relato de esas leyendas: Ojeda San Martín, 2006: 43-70, y Ojeda San Martín, s. a.: 44-52, 61-67, 81-86 y 94-97. Adalberto Ortiz incorpora el relato de La Tunda a *Juyungo*: Ortiz, 1982: 128-130.

cimarronaje de los siglos XVI y XVII o de las revoluciones liberales (alfarismo y conchismo), y como muestra emblemática de pobreza, desestructuración, inseguridad y violencia social. Por eso no sorprende que el estudio dedicado a la música nacional ecuatoriana por Ketty Wong no dedique un solo párrafo a la marimba esmeraldeña (Wong Cruz, 2013).

El panteón de héroes esmeraldeños

No podía faltar en la historiografía esmeraldeña el habitual cuadro de honor de los héroes, esos hijos rebeldes glorificados en el Himno de Esmeraldas, que lucharon con bravura “*por doquier libertad esparciendo*” y configuraron a la provincia como bastión libre en un contexto de opresión.

Los primeros integrantes de esa lista, paradójicamente no esmeraldeños, fueron los diecisiete esclavos que, tras el naufragio del navío que los conducía de Panamá a Perú, en 1553, lograron escapar y se adentraron en el territorio que pronto sería conocido como provincia de Esmeraldas. Dirigidos por Antón, se atrajeron a los niguas que, conscientes de la superioridad de sus armas de fuego, decidieron aliarse con ellos. A la muerte de Antón, en 1555 asumió el liderazgo Alonso de Illescas, quien anudó lazos de amistad con los niguas y logró imponerse a campaces, malabas y atacames, sin que alcanzara a someter a los cayapas, y estableció un palenque que abarcaba desde Bahía de Caráquez hasta Buenaventura. Illescas, a quien la Real Audiencia de Quito designó en 1577 gobernador de “*estas Provincias y naturales dellas*”, después de concederle un indulto por los crímenes cometidos hasta entonces, acabaría por ser reconocido -el 2 de octubre de 1997- como héroe nacional por el Congreso Nacional del Ecuador, que en esa fecha aprobó la Ley Especial de la Institucionalización del Día Nacional del Negro⁶.

6. Todavía es reciente la aparición de una biografía de Illescas, que trata de arrojar luz sobre la vida de un per-

Mitificados por la historia oficial como hombres valientes y arrojados, que sacudieron lejos el yugo de la esclavitud, a los negros cimarrones –muchos de ellos agrupados en cabildos- se atribuyen los fundamentos de un modo de vida amante de la libertad y caracterizado por “*la rebeldía y el desprecio al sometimiento*” (Ojeda San Martín, 2006: 20).

El cuadro de *Los mulatos de Esmeraldas*, ejecutado por Andrés Sánchez Gallque en 1599 por encargo de Juan Barrios de Sepúlveda, oidor de la Audiencia de Quito, muestra los retratos del jefe cimarrón Francisco de Arobe y de sus hijos Pedro y Domingo: aunque enfrentados durante años con Illescas, ambos cacicazgos se reconciliaron con el tiempo merced a enlaces matrimoniales, y consolidaron así su liderazgo en la región⁷. El retrato de Sánchez Gallque conmemora el final de la laboriosa empresa de reducción pacífica de los cimarrones, después de más de treinta años de intentos fallidos, mediante la legitimación del liderazgo de los descendientes de los esclavos rebeldes, que posibilitó que se operara en ese marco geográfico lo que algunos autores han considerado una ‘inversión’ del orden colonial, si bien el trascurso del tiempo se encargaría de mostrar la incongruencia que entrañaba la doble identidad de los cimarrones, rebeldes libres y, a la vez, de modo contradictorio, agentes de la Corona sujetos a las autoridades por ella establecidas en la Audiencia de Quito (Beatty Medina, 2001: 18-20; Álvarez-

sonaje que, en realidad, es insuficientemente conocido: García, 2016. En este texto, sustentado en buena parte en la *Verdadera descripción y relación larga de la provincia y tierra de las Esmeraldas*, de Miguel Cabello de Balboa, se narra con cierta extensión el proceso que culminaría en la investidura de Illescas como gobernador: García, 2016: 67-87 y 119.

7. Francisco era hijo de Andrés Mangache, un esclavo que había huido de un navío fondeado en la bahía de San Mateo hacia 1540, en compañía de una indígena de Nicaragua que viajaba en la misma embarcación. Juntos arribaron a Dobe, del reino de Bey, cuyo cacique, Chilindauli, les brindó protección y acogida. Años después, encontraría la muerte a manos de Alonso de Illescas y se abrió un período de hostilidades entre una y otra familia, agravado por el asesinato de Chilindauli por Illescas, que sólo se cerraría años después por intereses mutuos: García, 2016: 31-41, y Gutiérrez Úsillos, 2012: 14 y 17.

Ogbesor, s. a.: 52, y Gutiérrez Usillos, 2012: 10, 13-15 y 18-20).

Silenciado el protagonismo de los patriotas que promovieron la insurrección de Rioverde, en agosto de 1820 (*vid. infra*), se abre un compás de espera hasta que la historia oficial dirija su atención al emblemático Luis Vargas Torres, el revolucionario mártir liberal fusilado en Cuenca en 1887, tras su apresamiento en Loja, y elevado enseguida al retablo de la gloria. El traslado de los restos de Vargas Torres desde Guayaquil a Esmeraldas, en 1953, durante uno de los períodos presidenciales de Velasco Ibarra, marcaría un hito en la reciente historia de Esmeraldas, en el que se exaltó su condición de miembro de la masonería, y en el que personalidades como Simón Plata Torres o Nelson Estupiñán Bass asumirían un destacado protagonismo (Pérez Estupiñán, s. a., t. II: 279-285; Looz Villaquirán, 1976: 86-97, y Estupiñán, 1987: 297-298). En fechas más recientes se ha querido honrar la memoria de Vargas Torres mediante la adjudicación de su nombre a la Universidad Técnica de Esmeraldas.

Convertido Vargas Torres en un modelo patriótico, digno de encomio y veneración, Estupiñán Tello ha destacado el contraste existente entre el olvido en que yace el desarrollo histórico de Esmeraldas y la personalidad brillante

del Coronel Luis Vargas Torres, cuyas brillantes páginas de heroísmo, patriotismo, generosidad y pasión desinteresada y noble por el ideario liberal han rebasado los linderos provinciales para convertirse en antorcha de fulgor permanente enseñando a las juventudes de la Patria el camino de la dignidad, del patriotismo y del honor (Estupiñán Tello, 1965: 5).

Y, sin embargo, tal vez no se ha hecho suficiente énfasis en la motivación personal inmediata que arrastró a Vargas Torres a la asunción de la causa liberal: la muerte de su hermano Clemente Concha en Esmeraldas, el 5 de agosto de 1882,

cuando luchaba contra las tropas de Veintimilla (Estupiñán, 1987: 101, y Díaz Cueva y Jurado Noboa, 1999: 54). Por eso cabe preguntarse, aun con el riesgo de incurrir en anatema, si ese intenso propósito de venganza por la muerte del hermano muerto en combate no pudo más en el ánimo de Vargas Torres que la defensa de unos principios políticos encarnados entonces por Eloy Alfaro.

La figura de Vargas Torres se asocia estrechamente a la de su medio hermano Carlos Concha Torres, que, como él, sacrificó su fortuna personal -y también sus perspectivas profesionales como odontólogo- para combatir desde 1895 junto a Eloy Alfaro, al que, después de muerto, quiso vengar sublevándose en septiembre de 1913 contra el gobierno de Leónidas Plaza, cuya autoridad desafió durante tres años. Esta 'Guerra de Concha', presentada como gesta gloriosa inspirada en elevados ideales, que convirtió al país entero en "*un gran campo de enfrentamientos militares*" (Gutiérrez Concha, 2002: 14), ha sido propuesta por algunos sectores políticos al pueblo de Esmeraldas como uno de los argumentos que deben sustentar el orgullo de ser esmeraldeño, aunque no hayan faltado voces autorizadas muy críticas, como las de Federico González Suárez y de Oscar Efrén Reyes: si el primero consideraba la revolución de Concha como una guerra inicua, protagonizada por una horda bárbara sedienta de sangre, que causó ingentes pérdidas humanas y económicas, el segundo lamentaba la ruina económica y la pérdida de vidas provocadas por verdaderos facinerosos que, con el ropaje de 'revolucionarios', se enseñorearon de buena parte de la provincia (Estupiñán, 1992: 32-33).

Escritores esmeraldeños, como César Névil Estupiñán, han subrayado el carácter 'repudiable' que, en el sentir de la mayoría de los habitantes de Esmeraldas, revistió el movimiento insurreccional de Concha, "*uno de los capítulos más negros de la historia de la Provincia*", y se distancian

también de un personaje al que atribuyen la división del grupo liberal, a raíz de la elección de candidatos para diputados a la Convención de 1896, y que tampoco pudo poner a salvo su responsabilidad ante la ineficiencia, las corruptelas de la administración provincial y los fraudes electorales, que sólo empezarán a corregirse con el ascenso al poder de Leónidas Plaza (Estupiñán, 1992: 16, 27-28 y 32).

El mero título de una de las biografías de Concha Torres -*Carlos Concha Torres: biografía de un luchador incorruptible* (Pérez Concha, 1987)- da idea del grado de exaltación en otros ambientes de tierras esmeraldeñas de una figura cuyo nombre se ha otorgado recientemente al aeropuerto de Esmeraldas, para enaltecerlo. Y, sin embargo, como expusimos en líneas anteriores, Concha es objetado en otros sectores de la provincia y silenciado por la historiografía nacional, que contempla con desprecio un alzamiento que arruinó a la provincia y remeció los cimientos del Estado.

Completan ese panteón de héroes esmeraldeños personalidades de segunda fila, como el periodista Gustavo Becerra Ortiz, fundador de *El Correo* (1928), o el comandante Roberto Luis Cervantes Montaña, que militó en el bando gubernamental durante la Guerra de Concha y fue después uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Ecuatoriano, al que se afilió en 1937, tras siete años de militancia en la Vanguardia Socialista Revolucionaria. César N. Estupiñán Bass lo califica de 'héroe civil' en el título de uno de sus escritos (Estupiñán, 1992: 117-121 y 139; Pérez Estupiñán, s. a., t. II: 290; Jurado Noboa, 1995: 320-321, y Ojeda San Martín, 2006: 92-93).

No deja de ser relevante una circunstancia de la biografía de Cervantes que, como ocurriera en el caso ya referido de Vargas Torres, determinó su inmediata toma de partido en las banderías políticas del momento. Según el relato de Julio Estupiñán, "estando en el Oriente supo que en uno de los encuentros con las montoneras

conchistas había salido herido su hermano Eladio Segundo. Indignado ofreció sus servicios al General Plaza y se vino de inmediato a Esmeraldas", donde asumiría las responsabilidades de jefe político y, enseguida, de primer jefe del Batallón Núm. 64 Esmeraldas (Estupiñán Tello, 1965: 153, y Estupiñán, 1992: 47-48, 59, 61 y 83)⁸. Con este testimonio volvemos a comprobar el impacto de los factores sentimentales en la primera y definitiva toma de decisiones políticas de parte de personas luego exaltadas a la condición épica.

Junto a los héroes individuales habría que emplazar a los colectivos, a los que no deja de aludirse con admiración en algunas historias de Esmeraldas, aunque, como ocurre en el resto del país, ocupen un lugar subordinado, por mucho que la *Historia Social de Esmeraldas* de Jurado Noboa rompiera lanzas, en 1995, en favor de "la historia menuda de todos los grupos sociales" (Jurado Noboa, 1995: 3). Sería el caso de las peladoras de tagua -discretamente aludidas con sentido aprecio en *Juyungo* (Ortiz, 1982: 122)- que, en diciembre de 1915, reivindicaron sus derechos como trabajadoras, resistieron los atropellos cometidos por los carabineros, y, con la ayuda de los montoneros conchistas, llegaron a impedir un cargamento que se dirigía al extranjero, hundiendo la embarcación que lo transportaba⁹. En ese mismo escalafón honorífico son emplazados los pontoneros que, en pleno auge del banano, plantearon una huelga que paralizó los embarques

8. Unos años antes se había presentado una situación similar, con motivo de la muerte en Tumbaco de Carlos Teodoro, otro hermano de Roberto Luis, que había pasado al país vecino a combatir del lado de los liberales que trataban de poner fin a un largo período de gobiernos conservadores que amenazaban con llevar al país a la ruina. Roberto Luis, que sólo tenía diecisiete años, se embarcó en una balandra que partía para Colombia, para vengar la muerte del hermano. "No pudo conseguir su propósito, porque la señora Targelia [su madre] consiguió hacerlo desembarcar": Estupiñán, 1992: 39-40.

9. Sin embargo, nada se dice de esos episodios en las páginas que Jennie Carrasco dedica a la vida de las mujeres ecuatorianas entre 1922 y 1960 (la misma secuencia temporal elegida remite a los sucesos de Guayaquil de 1922, que sí son muy conocidos, e ignora lo ocurrido en Esmeraldas en 1915): Carrasco Molina, 2013: 194-231.

y logró que las empresas aceptaran las reclamaciones de los obreros (Ojeda San Martín, s. a.: 100-101, 108-109 y 127).

El silenciamiento de los afroesmeraldeños y las luchas políticas y sociales en Esmeraldas

La lectura de los textos que se ocupan de la historia de Esmeraldas corrobora la percepción común de que la población afrodescendiente apenas cuenta cuando de sublimar aspectos del pasado se trata. Apenas descubrimos figuras secundarias y anónimas, o fotografías que sistemáticamente omiten los nombres de las personas de piel oscura que aparecen junto a políticos o militares que en un momento determinado destacaron por algún concepto. El negro es sólo un elemento de la decoración, cuando no objeto de desprecio o conmiseración. En este sentido no deja de ser hiriente la anécdota referida por Carlos Ojeda, en tono jocoso, sobre un abogado provinciano que aspiraba a construir una casa de tres pisos y ocupar la última planta, “para poder escupir a todos los negros que pasen por la vereda” (Ojeda San Martín, Carlos, s. a.: 112).

El título de una de las más exitosas novelas de Adalberto Ortiz, ya citada en páginas anteriores –*Juyungo*–, remite a una voz cayapa que significa mono, hediondo, diablo, malo, y que los integrantes de esa nacionalidad aplican al negro. Una vez más, observamos cómo las experiencias de un pasado que ya quedó atrás siguen condicionando las sensibilidades contemporáneas: en este caso, los recelos de los chachis hacia los afrodescendientes. Se trata de un sentimiento común en el modo en que unas u otras poblaciones contemplan a los que no pertenecen al propio grupo étnico. Así se muestra en el odio remanente de los negros hacia los blancos que empapa determinados pasajes de la misma novela (Ortiz, 1982: 87-89).

Y si recurrimos a un relato histórico convencional, en la *Monografía integral de*

Esmeraldas de Julio Estupiñán encontramos esta brutal descripción de Federico Lastre, alineado en el conchismo, que habría de encontrar la muerte en un combate con las fuerzas gubernamentales: “moreno totalmente analfabeto y salvaje [...] que por su reacción ancestral de raza obedecía a un impulso de revancha contra los blancos que la esclavizaban por centurias, se convirtió en un chacal inconsciente, matador despiadado, cruel, cuya ferocidad y sangre fría para asesinar vencidos, prisioneros o fugitivos, le había dado una aureola de temeridad” (Estupiñán Tello, 1965: 133-134).

Más matizado es el retrato de Lastre que aparece en *Juyungo*, donde Adalberto Ortiz entrelaza realidad y ficción y convierte al comandante conchista en tío de Ascensión, cuyo recuerdo llena su pecho de anhelos de venganza contra los blancos, alienta en él ideales reivindicativos y le atrae prestigio de valiente ante los ojos de Nelson Díaz, impresionado por el arrojo exhibido por el muchacho en medio de un enfrentamiento armado con la tropa gobiernista. No falta en la imagen trazada por Ortiz el toque revanchista del negro sometido, cuando pone en boca de Federico Lastre estas palabras pronunciadas a lomos de un soberbio caballo blanco, tras la toma de Esmeraldas, en una madrugada de 1914: “estoy montao sobre la raza blanca” (Ortiz, 1982: 51-53); aunque, a la postre, la conciencia de clase acabe por imponerse en el sistema de valores de su sobrino sobre la identidad racial (Ortiz, 1982: 77), pues, como escribe Nelson Díaz a su amigo Antonio Angulo, “antes que ser negro, blanco mulato, lo esencial es ser hombre” (Ortiz, 1982: 127).

El tormentoso período inaugurado en Esmeraldas por la insurrección de Carlos Concha Torres, que, tras la muerte de Eloy Alfaro, se levantó en septiembre de 1913 contra el gobierno de Leónidas Plaza (*vid. supra*), marca simbólicamente el comienzo de un siglo marcado por la conflictividad, que tampoco permitiría abrigar esperanzas a la población afrodescendiente.

Desde el terreno de la ficción literaria,

en *Juyungo* se discute el supuesto carácter liberador de la raza negra del movimiento conchista: “para la mayoría [...], el caudillo Concha no significaba, ni con mucho, un símbolo de redención de la raza” (Ortiz, 1982: 205); y se ejemplifica la indiferencia de esos afrodescendientes con el caso de Gumersindo, padre de Ascensión, que, “durante la revolución de Carlos Concha, no se fue con ningún bando, a pesar de que su pariente era un jefe de los alzados. Ni se preocupó tampoco por la suerte de la guerra. Tanto le daba” (Ortiz, 1982: 18). Muy diferente era, en cambio, la apreciación de Ascensión Lastre, que veía en la revolución de Concha “un desquite de su raza, vejada y humillada por centurias”, sin que faltara quien, recordando los combates sangrientos de La Propicia, el Guayabo o Camarones, “ponderara lo bueno que era violar mujeres blancas y decapitar serranos coloraditos” (Ortiz, 1982: 51). Y no falta el agudo escrutinio del recuerdo que la sola mención del apellido Lastre evoca en el ingeniero Martín López: “¿y qué me dicen de [Ascensión] Lastre, amigos? Es un negro de malas entrañas. Le viene de familia. No hay ecuatoriano que no haya oído hablar de los crímenes horrendos que cometió su tío” (Ortiz, 1982: 81).

Esas actuaciones de Federico Lastre ilustran sobre el horror de una guerra que alimentó odios raciales, como los que recordaba Timoleón cuando acudió a visitar a su tío Clemente Ayoví, en solicitud de ayuda: Sacramento Mera, combatiente en el Guayabo, “tenía una ojeriza a los serranos, que no les podía ver ni de broma. Ese día cortó como treinta pescuezos” (Ortiz, 1982: 159).

Lo que nadie discute es que la conflagración bélica de 1913 a 1916 marcó un antes y un después en la historia de Esmeraldas, y que propició las condiciones para cambios económicos y sociales de envergadura: descalabro de las rentas públicas, descomposición del sistema educativo, fortunas que colapsaron, conciertos que encontraron la ocasión para huir de los **hacendados que los mantenían sujetos**¹⁰...

10. Concha se atrajo a muchos campesinos esmeralde-

Tanto en *Juyungo* como en *Cuando los guayacanes florecían* se concede enorme importancia a la supresión del concertaje y a sus consecuencias en el corto plazo. Si la primera de esas novelas contempla su desaparición con cierto optimismo¹¹, la segunda rezuma amargura cuando relata los penosos avatares de tres conciertos incorporados a una partida insurgente, uno de los cuales habría de desempeñar un papel protagónico en el primer combate entablado con las tropas gubernamentales (Estupiñán Bass, 2013: 82-92 y 115-117).

La relegación de un sector tan amplio y relevante de los habitantes de la provincia, como son los afrodescendientes, tiene también mucho que ver con la persistencia de unos hábitos caciquiles, en virtud de los cuales fueron contadas las familias que a lo largo de todo el siglo XX tuvieron acceso a los cargos claves del sector público, en virtud de un nepotismo y de unas prácticas de corrupción que condujeron a una auténtica quiebra de valores y que impidieron que el mérito representara un papel siquiera secundario en una sociedad estructurada sobre la base de unos prejuicios racistas que privilegiaron a deudos y amigos y excluyeron a quienes no poseían otros réditos que el propio esfuerzo y la personal capacidad (Ojeda San Martín, 2006: 105-106 y 113).

ños con la promesa de suprimir el concertaje, un sistema instaurado después de la abolición de la esclavitud, que impedía que los peones conciertos se desligaran de sus haciendas en tanto no hubieran satisfecho las deudas contraídas con sus amos. Así define Zambrano las peculiaridades de este régimen: “un contrato de servicios personales, en el cual el hacendado o gamonal pagaba el trabajo por adelantado y creaba así una deuda de parte del trabajador ‘concierto’” (Zambrano, 2011: 31).

11. Manuel Remberto Quiñónez sería, en el relato novelado de Ortiz, uno de los casos afortunados: “en cierto modo, se libró del concertaje cuando vino la revolución conchista, incorporándose, muchacho todavía, en las filas insurgentes” (Ortiz, 1982: 84). Adquirió así un sentido del activismo social, que le inspiraría el recurso a la huelga como medio de presión de los peones del campamento frente a la empresa maderera que los explotaba (Ortiz, 1982: 87-88): un mecanismo de resistencia que encuentra sustento ideológico en el compromiso de los jóvenes estudiantes que regresaban a Esmeraldas desde Quito (Ortiz, 1982: 73).

Mirada desde Esmeraldas a Quito: una visión despechada

Entre las razones por las que los esmeraldeños experimentan la desagradable sensación de ser ninguneados por el gobierno de la Nación cabría referirse a la escasa importancia que los textos oficiales conceden a las aportaciones de la provincia al movimiento revolucionario de 1820, desconocidas por completo hasta el hallazgo en la Biblioteca Nacional, en 1921, de un documento fechado el 24 de agosto de 1820 que daba cuenta de los sucesos desarrollados en Rioverde el 5 de agosto de 1820. Completado ese manuscrito por un expediente de más de sesenta fojas que salió a la luz en 1975, su publicación no ha impedido que el 9 de octubre guayaquileño siga considerándose la clave privilegiada del impulso emancipador en la Presidencia de Quito, manteniéndose en sordina el papel desempeñado por Esmeraldas (Estupiñán Tello, 1997: 20-26, y Estupiñán Tello, 1980: 26).

Los textos que refieren el pasado histórico esmeraldeño redundan en quejas y lamentaciones acerca del papel subordinado de la provincia y de la falta de atención que recibía de los gobiernos instalados en Quito, que repercutía en la escasez de infraestructuras, en una deficiente red de transportes y en gravísimas carencias en el ámbito de la instrucción pública. Así se constata también en las comunicaciones que mantenían con sus superiores jerárquicos los primeros responsables políticos del cantón, en los años cuarenta del siglo XIX: una tónica que se mantendría invariable en el curso de las décadas que siguieron. Así, en un oficio de 7 de agosto de 1848, se trasladaba a conocimiento del ministro secretario de Estado en el Despacho de lo Interior la iniciativa de un grupo de ciudadanos que perseguían el establecimiento de dos escuelas (de niños y de niñas), a fin de suplir la carencia total de estos establecimientos en las parroquias de Esmeraldas¹².

12. Toribio Hidalgo Pinto al ministro secretario de Estado en el Despacho de lo Interior, 7 de agosto de 1848, Archi-

Pocos días después, el 26 de agosto de 1848, el gobernador accidental de la provincia de Esmeraldas remitía al ministro de Estado en el Despacho de lo Interior una averiguación sumaria seguida contra el jefe político interino, Ramón Castro, a raíz de “infinitas” denuncias de su escandalosa conducta y mal desempeño del cargo, entre las que destacaba la acusación de haber permitido el desembarco de un considerable cargamento de efectos de contrabando¹³. Y en otro escrito dirigido al titular del mismo cargo por Estanislao Zamora, gobernador accidental de la provincia, fechado el 6 de febrero de 1849, se elogiaban algunas recientes acciones del Gobierno que habían reanimado la confianza pública, disposiciones todas ellas que eran consideradas de gran importancia, “con mucha mas razon en esta Provincia que hasta ahora nada se á hecho en su beneficio”¹⁴.

No había transcurrido un mes desde que se escribieran esas líneas cuando el sucesor de Zamora en el gobierno provincial elevó un dramático informe al mismo ministro, que pormenorizaba las carencias de la provincia, “tan favorecida por la naturaleza con sus grandiosos bienes, y tan despreciada por el egoísmo de los especuladores con la Hacienda nacional”. Después de señalar que “el desorden y desarreglo imperan en todas partes”, denunciaba los manejos de la administración de justicia, envuelta en un “caos de confusion, por falta de hombres que den el giro correspondiente a los negocios forenses”, y describía una municipalidad carente de “regularidad en su organizacion”: ni se conocían sus rentas, ni había un cuerpo de policía ni recursos para sostenerlo, por cuanto “no se ha encontrado medio real en la Colecturia ni se ha podido hacer frente a gastos urgentes. El

vo Nacional del Ecuador (ANE), Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

13. Gobernador accidental de la provincia al ministro de Estado en el Despacho de lo Interior, 26 de agosto de 1848, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

14. Estanislao Zamora, gobernador accidental de la provincia, al ministro del Despacho de lo Interior, 6 de febrero de 1849, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

*Colector se descarga con la baja de las rentas, a causa de la mala cosecha y la multitud de contrabandos ocasionados por falta del resguardo suficiente*¹⁵.

La recurrente insuficiencia de recursos se veía agravada por la corrupción y la incompetencia municipal –en 1848, según denunció el gobernador de la provincia, ni siquiera estaba regulado el cobro de los derechos municipales y comunales¹⁶- y por las continuas amenazas que, para el cantón de Esmeraldas, entrañaba su posición periférica y litoral, de la que se derivaban el continuo riesgo de incursiones de buques cuyas tripulaciones convertían el robo de ganado en medio habitual para proveerse de víveres, y la indefensión ante previsibles agresiones de enemigos políticos de los Gobiernos de Quito¹⁷.

Entre 1880 y 1895, muchos esmeraldeños se sumaron a las montoneras liberales que buscaban el derrocamiento de los Ejecutivos establecidos en Quito. La necesidad en que se hallaron éstos de sostener fuerzas militares que restablecieran el orden obligó a dedicar casi en su integridad los recursos del erario al pago de las necesidades del Ejército, por lo que se careció de medios económicos para atender otros rubros de los presupuestos, como los servicios de educación o de salud. Un incendio que los días 6 y 7 de enero de 1883 consumió buena parte del centro de Esmeraldas fue provocado por el general Ulbío Camba, quien por este medio pensaba vencer a los revolucionarios que se oponían a la dictadura de Veintimilla (Es-

15. Carlos A., gobernador de la provincia, al ministro de Estado del Despacho de lo Interior, 1 de marzo de 1849, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

16. J. Antonio Viteri, gobernador de la provincia, al ministro secretario del Despacho de lo Interior, 24 de agosto de 1848, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

17. J. Gómez de la Torre, jefe del Corregimiento del cantón de Esmeraldas, al ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores, 17 de febrero de 1842, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1; J. Gómez de la Torre, jefe del Corregimiento del cantón de Esmeraldas, al secretario del Interior y Relaciones Exteriores, 27 de agosto de 1844, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1, y Antonio Viteri, gobernador accidental de la provincia, al ministro de lo Interior, 8 de julio de 1848, ANE, Quito, Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.

tupiñán Tello, 1980: 17, y Estupiñán, 1992: 24). El saldo arrojado por esos quince años de escarceos revolucionarios es desolador: parálisis generalizada de la producción, deterioro irreversible de los negocios públicos, colapso educativo y cultural.

Durante el tiempo transcurrido entre 1895 y 1924, cuando Ecuador conoció por vez primera gobiernos de inspiración liberal –una experiencia fallida muy pronto por la traición del placismo a los ideales alfaristas-, Esmeraldas entregó su representación en el Poder Legislativo a personas que no eran oriundas de la provincia, ni residían en ella, y que optaban a esos cargos previos acuerdos con los caciques locales, que se aseguraban así el control del gobierno provincial y de los correspondientes presupuestos. Esos conciertos, que se instrumentaban mediante sistemáticos fraudes electorales y que no escatimaban el uso de la violencia en la disputa del poder local, proseguirían durante el resto del siglo XX, y permitieron el asentamiento de una estructura caciquil que fraguó con el propósito de manipular el populismo, sin que importara poco ni mucho la coherencia de las personales trayectorias políticas, registrándose la paradoja de que los supuestos defensores del liberalismo acabarían por aliarse con los conservadores y los velasquistas (Estupiñán, 1992: 137-140, y Ojeda San Martín, 2006: 108-112 y 121-123). Ése es el entorno en que se sitúa la conocida frase, citada tantas veces, que Eloy Alfaro dirigió con acritud al coronel Carlos Concha: “¡qué cara me han cobrado ustedes la sangre de Vargas Torres!” (Estupiñán Bass, s. a.: 56).

Consagrados esos sectores influyentes a la exclusiva toma de posiciones estratégicas en la administración pública, que les garantizaban el control de la economía local, Esmeraldas no logró generar las condiciones para impulsar la agroindustria ni para atraer capitales destinados a inversiones generadoras de riqueza. Las consecuencias saltan a la vista: nadie veló por los intereses de la provincia, desatendida y privada durante largos años incluso

de una carretera que la uniera con el resto del país. Incluso tras el advenimiento de la democracia, después de las dictaduras de la segunda mitad del siglo XX, los representantes de Esmeraldas en el Legislativo nacional se comportaban como mecenas que otorgaban dádivas, en nombre del poder central, a quienes habían logrado posesionarse del poder político provincial y a unas sumisas organizaciones sindicales que en nada se parecían a los reivindicativos braceros, estibadores y trabajadores bananeros, que canalizaron las protestas de la clase obrera desde la década de los setenta (Ojeda San Martín, 2006: 109-116).

El librito de Manuel Loor citado en otros pasajes de este artículo resalta “*la despreocupación del Gobierno en no proveer de carreteras que comuniquen la Capital de Provincia con los demás cantones*”: una incuria que, cuando se escribieron aquellas líneas –a comienzos de los años setenta del pasado siglo–, obligaba a recurrir a la vía marítima para desplazarse a los cantones Eloy Alfaro y Muisne (Loor Villaquirán, 1975: 46). Para entonces no habían pasado todavía muchos años desde que, en 1960, se acabara de construir la vía que conectaba Esmeraldas con Quito y con el resto del país; desde que, en 1959, se inaugurara la línea de ferrocarril Ibarra-San Lorenzo, y desde que, una década antes, se emprendieran las obras para la acometida de la carretera Esmeraldas-Quinindé (Ojeda San Martín, 2006: 99, y Pérez Estupiñán, s. a., t. II: 223-225): infraestructuras cuya ejecución llegaba con un retraso más que notorio.

César Névil Estupiñán apuntaba directamente al centralismo de Quito, en 1987, como responsable de las penurias que arrastró la región desde la primerísima época que siguió al cese de la dominación española: “*nuestra provincia, una de las más grandes del Litoral y una de las menos pobladas del país, ha sufrido desde la constitución de la República el patronato del olvido y del abandono a que nos han condenado y nos siguen condenando el centralismo y la voluntad omnímoda de los*

gobernantes” (Estupiñán, 1987: 298).

Las expresiones que salieron de la pluma de Marcel Pérez Estupiñán en 1998, en que calificaba de pésima la educación en Esmeraldas, deficientes su servicio hospitalario y sus programas de salud, insuficiente su estructura turística; lamentaba la ausencia de planes para el desarrollo agropecuario, industrial y artesanal, y describía a la ciudad como un gran basureo, no sólo son producto de un profundo desaliento, sino que contenían una tácita invitación a ‘redimir’ a la ciudad y a la provincia desde fuera (Pérez Estupiñán, s. a., t. II: Introducción).

Si ése era el panorama cuando declinaba el siglo XX, qué no sería cuando todavía eran escasas las décadas transcurridas desde que la centuria iniciara su andadura. Por centrarnos en el testimonio fresco y pletórico de anécdotas oportunas de quien fuera durante años cronista vitalicio de Esmeraldas, Carlos Ojeda San Martín, descubriremos una ciudad que carecía de servicios higiénicos y de agua potable, y que a mediados de siglo –en pleno apogeo de la explotación de banano– disponía del telégrafo como único medio de comunicación (Ojeda San Martín, s. a.: 2-3, 8-9 y 13).

Ciertamente son muchas y de diversa índole las razones que explican una situación tan catastrófica, y algunas de ellas son imputables a causas externas, como la fiebre bananera de los años cincuenta del pasado siglo, que atrajo a Esmeraldas a braceros y asalariados de la Sierra que se hallaban desocupados, los cuales convirtieron la ciudad en “*un hormiguero. Miles de personas trabajaban en el negocio del banano: transportistas, los vendedores de comida, los dueños de cabaret, las mesalinas y todo el mundo, por un simple efecto multiplicador*”. La consiguiente secuela demográfica y urbanística fue la formación de barriadas subproletarias donde se amontonaban los recién llegados en busca de una fortuna que siempre se les mostraría esquiva (Ojeda San Martín, 2006: 102 y 112-113). Pero, cuando sobrevino la

crisis, como consecuencia de la sobreproducción, la provincia se convirtió en “*un cementerio de bananeras en ruina, y por las sombras del entorno solamente caminaban espectros y fantasmas*” (Pérez Estupiñán, s. a., t. II: 103, 206-207, 247-256 y 308-310).

La puesta en operaciones de la Refinería Estatal de Esmeraldas, en 1977, con una capacidad de producción de 55.000 barriles diarios, produciría otro *boom* migratorio, con la llegada a Esmeraldas de notables contingentes de población, sin que hubiera planes que previeran el alocado desarrollo urbano ni la necesidad de ir acomodando los servicios básicos a esas pautas de crecimiento (Ojeda San Martín, 2006: 117-118); y, por supuesto, sin que se evaluaran las consecuencias medioambientales de su ubicación en un espacio que muy pronto habría de quedar incorporado a la ciudad. Una vez más, hay que achacar a causas exógenas y a la negligencia del Gobierno nacional la aparición de retos que el Municipio esmeraldeño difícilmente podía asumir, por la limitación de recursos y por la falta de preparación técnica de sus empleados.

Con sobrado fundamento, Nelson Estupiñán expresó sus recelos en 1971, cuando la instalación de la refinería era ya una amenaza inminente (Estupiñán Bass, s. a.: 64); y la ‘Evocación de Esmeraldas’ de Adalberto Ortiz lamentó la transformación sufrida por la “*suave ciudad de verde cabellera*” cuando se vio “*convertida en la sucia petrolera*”.

Y, si atendemos al ámbito de la educación, que Pérez Estupiñán describiera con tintes tan sombríos, el panorama resulta desolador: más allá de algunas pocas y pesimamente dotadas escuelas de formación primaria, en los años cuarenta del pasado siglo existían sólo dos establecimientos de enseñanza: el colegio de Artes y Oficios inaugurado en 1937, y el Colegio Nacional 5 de Agosto, puesto en funcionamiento en 1940 para los jóvenes que desearan seguir el bachillerato. El Instituto de Agropecuaria y Educación Rural de Esmeraldas creado en diciembre de 1960 incorporó

estudios de nivel universitario gracias a su conversión en Extensión Universitaria de la Universidad Central: sería éste el embrión de la Universidad Técnica Luis Vargas Torres, fundada en 1970, que tantas esperanzas habría de suscitar, aunque pronto se vio afectada por un prematuro descrédito, marginada del proceso educativo nacional, ajena al desarrollo de la investigación, manejada por grupos políticos partidistas y sujeta a paros y huelgas intermitentes, sin que acertara a configurarse como un centro de relevancia académica (Estupiñán Tello, 1980: 50 y 71-73, y Ojeda San Martín, 2006: 129-136).

Por todo lo anterior es legítimo concluir que Esmeraldas, ciertamente, ha vivido marginada del resto del Estado ecuatoriano, tanto por su posición periférica como por su postergación en los programas de desarrollo nacional. Tal vez quepa atribuir esa desatención al centralismo quiteño que ha planeado tanto sobre la historia de la Audiencia de Quito como del Ecuador independiente: un ‘quitocentrismo’ del que da fe un extenso capítulo de las *Reflexiones sobre la historia del Ecuador* de Gabriel Cevallos: “*Quito, punto de llegada y punto de partida*” (Cevallos García, 1987: 91-298).

Los planteamientos lastimeros a que hemos aludido más arriba suelen ir acompañados en ocasiones, a modo de contraste, de una visión lisonjera y acrítica de las excelencias de la región y de sus potenciales riquezas, que se pone de manifiesto en uno de los textos citados más arriba: “*Esmeraldas es una provincia inmensamente rica, no explotada ni cultivada: es la esperanza del Ecuador, una de las llaves de su comercio interior y exterior; es el almacén de riquezas desconocidas*” (Loor Villaquirán, 1975: 94). Cuero Caicedo, en su lenguaje poético, llega aún más lejos, al definir Esmeraldas como ‘*Edén terrenal*’ (Cuero Caicedo, 2006: 29). Crispulo Cangá, uno de los personajes mejor caracterizados de *Juyungo*, no oculta su orgullo por la patria chica: “*es que siempre los esmeraldeños nos hacemos sentí en cualquier parte. Pa valiente el es-*

meraldeño, pa inteligente el esmeraldeño” (Ortiz, 1982: 71). Y Néstor Estupiñán pone en boca de su idolatrado Manuel Cadena, mayor retirado que llegó a ocupar la Alcaldía de Esmeraldas, una frase emblemática que solía repetir, por haber leído a Teodoro Wolf: *“los esmeraldeños viven pobres en medio de la riqueza, y felices sobre el peligro”* (Estupiñán Bass, s. a.: 56).

Esmeraldas y Colombia

No siempre se repara, con el imprescindible sosiego, en la vinculación entre Esmeraldas y el vecino país, del que un día no muy lejano formó parte, en el contexto de la Gran Colombia¹⁸; que sirvió de refugio a muchos exiliados políticos, y con el que lo ligan numerosos lazos humanos, culturales y económicos. Un simple repaso a los orígenes de algunos destacados esmeraldeños, todos hijos de padres o madres colombianos, nos permite intuir la intensidad de esos vínculos: Luis Vargas Torres, Luis Tello Ripalda, Carlos Concha Torres, Roberto Luis Cervantes Montaña, Simón Plata Torres, Alfonso Quiñónez George, Nelson Estupiñán Bass, Jaime Hurtado González (Loor Villaquirán, 1975: 71, 72, 75 y 77, y Ojeda San Martín, 2006: 96, 138, 143 y 145).

El concienzudo estudio de Jurado Noboa proporciona algunas evidencias significativas sobre las estrechas relaciones entre Esmeraldas y Colombia: 1) en 1640 empezaron a llegar a la región los primeros esclavos huidos de las minas de Barba-coas; 2) Tumbaco pertenecía a Esmeraldas en 1740, y 3) Muisne comenzó a poblarse

18. El 23 de junio de 1824, el Senado y la Cámara de Representantes de la República aprobaron la Ley de División Territorial de la Gran Colombia, en virtud de la cual se constituían doce departamentos, entre ellos los de Azuay, Guayaquil y Ecuador, que habrían de formar parte del Distrito Sur. Esmeraldas, que había perdido su rango de Gobernación en enero del mismo año, y cuya extensión territorial fue recortada, aparecía como cantón perteneciente a Ecuador, integrado en la provincia de Pichincha. La sanción del presidente de la República encargado, Francisco de Paula Santander, se produjo dos días después, el 25 de junio. Ya en noviembre de 1847, segregada la República del Ecuador de la Gran Colombia, durante el gobierno de Vicente Ramón Roca se creó la provincia de Esmeraldas, con capital en el cantón del mismo nombre.

con colombianos a partir de 1860 (Jurado Noboa, 1995: 29, 17, 22 y 290).

Por contraste, el reciente asentamiento en Esmeraldas de numerosos refugiados colombianos, como consecuencia del conflicto bélico civil que durante medio siglo ha alterado la pacífica convivencia en el país vecino, ha afectado a la solidaridad regional y sembrado inquietudes y desconfianzas, agravadas por la constancia de que algunos de aquellos ciudadanos se organizaron en bandas delictivas que convirtieron el narcotráfico en un modo de vida fácil, aunque arriesgado, que ha involucrado a muchos esmeraldeños y conmovido las estructuras sociales de la provincia, convertida en un espacio peligroso e inseguro: especialmente a raíz de algunos recientes episodios terroristas que han aconsejado el reforzamiento de la frontera y la necesidad de reactivar los servicios de espionaje ecuatorianos, que no habían reparado en las previsibles consecuencias del posconflicto de Colombia.

En cierta medida se han recreado prejuicios discriminadores ya antiguos, como los que dividían y siguen dividiendo y enfrentando a los afrodescendientes con los sectores blanco-mestizos: sólo que ahora el principal responsable de esas actitudes excluyentes es el factor ‘nacionalidad’, con su consiguiente carga de xenofobia. Y no deja de resultar paradójico este sentimiento cuando se trata de pueblos que han compartido tantos vínculos en el pasado.

Reflexión final

El repaso sumario que se ha llevado a cabo en las líneas antecedentes de los aspectos más significativos de la historia de Esmeraldas desemboca, por fuerza, en la acometida de una tarea que implica un serio compromiso, y que comporta no sólo la identificación y la preservación de las fuentes que permitan una revisión del modo en que se ha expuesto el pasado de este rincón del Ecuador, sino también la puesta en marcha de planes de formación dirigidos a las personas que estén llama-

das a re-escribir la historia de Esmeraldas desde una perspectiva auténticamente profesional, y no sólo nostálgica o reivindicadora.

Ciertamente, Esmeraldas, la provincia más pobre del Ecuador, atraviesa una situación muy delicada a raíz de la aparición de las primeras actividades terroristas en su suelo, que ya han costado la vida a unas diez personas. Pero, más allá de coyunturas más o menos críticas, lo cierto es que urge un examen en profundidad del pasado de la provincia, que ponga de manifiesto tanto la incuria de los gobernantes de Quito como las responsabilidades de los esmeraldeños, habituados a atribuir a 'otros' las responsabilidades de los propios fracasos.

La presencia de un elevado porcentaje de afrodescendientes, la mayoría de ellos en precarias condiciones socioeconómicas y educativas, no sólo constituye, según algunos, un factor retardatario del 'progreso', sino que evidencia testimonialmente un abandono perpetrado desde tiempo inmemorial por las clases dominantes esmeraldeñas, en discreta connivencia con las autoridades nacionales. Esta desatención ha convertido a ese grupo poblacional en los 'olvidados' de Ecuador, ignoradas en la práctica sus aportaciones a la construcción de una cultura nacional, incluyente de sus especificidades sólo de un modo retórico, pero ajena a la palabra de los ancestros negros, cuya tradición oral se mantiene en sordina. 

Referencias bibliográficas

Fuentes documentales

- Archivo Nacional del Ecuador, Quito (ANE), Ministerio de lo Interior, Serie Esmeraldas, caja 1.
- Correa Delgado, R., presidente constitucional de la República, decreto ejecutivo núm. 277, 18 de marzo de 2010. (file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/decreto_25984.pdf).

Fuentes bibliográficas

- Acosta Solís, M. (1944). *Nuevas contribuciones al conocimiento de la Provincia de Esmeraldas*, t. I. Quito: Publicaciones Científicas. (file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/5522%20%20Nuevas%20contribuciones%20a%20conocimiento%20de%20la%20provincia%20de%20Esmeraldas.pdf).
- Álvarez Mejías, M.J. (1997). "Algunas consideraciones sobre la orfebrería del platino en la América Prehispánica a través de la cultura La Tolita-Tumaco", en *Laboratorio de Arte: Revista del Departamento de Historia del Arte*, 10, 47-62. (file:///C:/Users/USUARIO%201/Downloads/Dialnet-AlgunasConsideracionesSobreLaOrfebreriaDelPlatinoE-236413.pdf).
- Álvarez-Ogbesor, J. (s. a.). Subversión, ficción e inversión del orden colonial y ambivalencia discursiva en la *Verdadera descripción y relación larga de la provincia y tierra de las Esmeraldas*, de Miguel Cabello de Balboa. En Salles Reese, V., y Fernández Salvador, C. (coords.). *Autores y Actores del Mundo Colonial. Nuevos Enfoques Multidisciplinarios* (pp. 51-60). Quito: Universidad San Francisco de Quito-Colonial Americas Studies Organization-Georgetown University.
- Beatty Medina, Ch. (2001). El retrato de los cimarrones de Esmeraldas. En Porras, M. E. y Calvo-Sotelo, P. (coords.). *Ecuador-España: Historia y Perspectiva. Estudios* (pp. 18-21). Quito: Embajada de España en el Ecuador-Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- Carrasco Molina, J. (2013). Una mirada histórica de la vida de las mujeres, 1922-1960. En VV. AA. *Historia de Mujeres e Historia de Género en el Ecuador* (pp. 194-231). Quito: Ministerio de Cultura-Comisión de Transición hacia la Definición de la Institucionalidad Pública que garantice la Igualdad entre Hombres y Mujeres-Instituto Iberoamericano del Patrimonio Natural y Cultural.
- Cevallos García, G. (1987). *Reflexiones sobre la historia del Ecuador. Segunda Parte*. Quito: Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional.
- Cuero Caicedo, D. (2006). *Tsunami. Mitología y poesía*. Esmeraldas: s. e.

- Chasi Escobar, Ch. P. (2014), "El Riviel", *leyenda oral afroecuatoriana o de cómo la memoria tornó en azul*. Tesis de maestría en Estudios de la Cultura, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito. (<https://bit.ly/2DB2eCi>).
- Díaz Cueva, M., y Jurado Noboa, F. (1999). *Alfaro y su tiempo*. Quito: Corporación SAG-Fundación Cultural del Ecuador.
- Estupiñán, C. N. (1987). *Nuestro Vargas Torres*. Esmeraldas: Ediciones de la Universidad Técnica Luis Vargas Torres.
- Estupiñán, C. N. (1992). *Roberto Luis Cervantes, un héroe civil*. Quito: Universidad Central del Ecuador, 1992.
- Estupiñán Bass, N. (s. a.). *Bajo el cielo nublado*. Esmeraldas: Imprenta Sagrado Corazón.
- Estupiñán Bass, N. (2013). *Cuando los guayacanes florecían*. Quito: Libresa.
- Estupiñán Tello, J. (1980). *Instituciones y cosas de Esmeraldas*. Esmeraldas: Electrográfica OFFSET.
- Estupiñán Tello, J. (1965). *Monografía integral de Esmeraldas. Biografías de hombres representativos de Esmeraldas*, t. V. Esmeraldas: Talleres Tipográficos CREA.
- Estupiñán Tello, J. (1997). *Los valores cívicos del esmeraldenismo*. Esmeraldas: s. e.
- Fernández-Rasines, P. (2001). "La bruja, la tunda y la mula: el diablo y la hembra en las construcciones de la resistencia afroecuatoriana", en *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, 12, 100-107. (<https://bit.ly/2PTFLGe>).
- Ferrer Muñoz, M. (julio de 2016). "La huella de Daniel Reyes en San Antonio de Ibarra: una tradición artesanal heredera de la Escuela quiteña", en *Estudios sobre Arte Actual*, 4. (<https://bit.ly/2JZ4q6W>).
- García, O. (2016). *El amo. Sebastián Alonso de Illescas*. Esmeraldas: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo de Esmeraldas.
- García, T. (2012). "Dimensión social del tráfico ilícito de bienes culturales", en *Kóot*, 2 / 3, 20-34. (<https://bit.ly/2PSv4Ud>).
- Gutiérrez Concha, F. (2002). *Descorriendo los velos. Coronel Carlos Concha Torres 1864-1919. Última expresión del Alfarismo Revolucionario*. Quito: Consejo Provincial de Esmeraldas.
- Gutiérrez Usillos, A. (2012). "Nuevas aportaciones en torno al lienzo titulado *Los mulatos de Esmeraldas*. Estudio técnico, radiográfico e histórico", en *Anales del Museo de América*, 20, 7-64. (<file:///C:/Users/Uuario/Downloads/Dialnet-NuevasAportacionesEnTornoALienzoTituladoLosMulato-4378968.pdf>).
- Jurado Noboa, F. (1995). *Historia social de Esmeraldas. Indios, negros, mulatos, españoles y zambos del siglo XVI al XX*, vol.1. Quito: Editorial Delta.
- Loor Villaquirán, M. (1975). *Lugar natal e historia de Esmeraldas*. Portoviejo: Editorial Gregorio Portoviejo.
- Loor Villaquirán, M. (1976). *Luis Vargas Torres. Símbolo de la democracia ecuatoriana*. Esmeraldas: Universidad Técnica Luis Vargas Torres.
- Minda Batallas, P. A. (2002). *Identidad y conflicto. La lucha por la tierra en la zona norte de la provincia de Esmeraldas*. Quito: Ediciones Abya-Yala / Escuela de Antropología Aplicada, Universidad Politécnica Salesiana. (<https://bit.ly/2QAHgpP>).
- Ojeda San Martín, C. (s. a.). *La ciudad y yo*. Esmeraldas: Imprenta Sagrado Corazón.
- Ojeda San Martín, C. (2006). *El libro blanco y verde de Esmeraldas*. Esmeraldas: Fundación Carlos Ojeda San Martín (FUNCOS).
- Ortiz, A. (1982). *Juyungo. Historia de un negro, una isla y otros negros*. Barcelona: Salvat Editores.
- Pérez Concha, J. (1987). *Carlos Concha Torres: biografía de un luchador incorruptible*. Quito: El Conejo.
- Puertas Arias, E. (2000). *Del Pacífico colombiano. La Tunda. Mito y realidad, Sus funciones sociales*. Santiago de Cali: s. e.
- Rivera Fellner, M. Á. (2012). *Identidad y patrimonio arqueológico. El caso de La Tolita Pampa de Oro (Ecuador)*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador. (<https://bit.ly/2qIS5eb>).
- VV. AA. (2011). *Enseñanza y aprendizaje de la Historia en la Educación Básica*. México: Secretaría de Educación Pública. (<https://bit.ly/1ocsAdK>).
- Wong Cruz, K. (2013). *La Música Nacional. Identidad, Mestizaje y Migración en el Ecuador*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Zambrano, M.A. (enero-marzo de 2011). "Monstruos en la hacienda: el concierto como narración de la nación", en *Temas*, 65, 30-37. (<https://bit.ly/2POg5Ll>).